

Balmaceda en escena

JORGE EDWARDS

Frente al conflicto, las clases populares tuvieron un protagonismo mínimo. Fueron carne de cañón y sólo empezaron a comprender a Balmaceda y a identificarse con él después de su suicidio.

Nunca termina de conmovernos el drama de Balmaceda. En la última obra del Ictus, *Diálogo de fin de siglo*, la historia comienza con los pasos fantasmales de Balmaceda en la legación de Argentina y con el ruido del disparo suicida. Es un momento dramático bien escogido: hay un período de la vida chilena que termina con ese disparo, efectuado en la madrugada del día 19 de septiembre de 1891, en una coincidencia deliberada con el término del período presidencial, y otro que comienza, el de las rotativas ministeriales, el parlamentarismo, la agitación social y algunas de las matanzas obreras más crueles que se han conocido en América Latina.

La obra del Ictus insiste en las semejanzas entre el caso de Balmaceda y el de Salvador Allende. El paralelismo existe, desde luego, y el propio Salvador Allende, como lo demostró en numerosas declaraciones, tenía una conciencia clara del asunto. Es importante que nuestro teatro se haga cargo de la revisión y de la relectura de la historia. Eso sí, creo que el Ictus incurre, al trazar ese paralelo, en un didactismo excesivo y en algo de simplificación. Parece que Delfina Guzmán tuviera miedo que

el público no entienda, de que nuestra sensibilidad histórica esté embotada, adormecida, y se preocupara de recargar las tintas.

La obra, en todo caso, desencadena un proceso de reflexión, de evocación, de perplejidades y cavilaciones. He leído buena parte de las novelas, poemas, testimonios, estudios, a que dio lugar la guerra civil del 91. Antes del allendismo y de su caída, es el episodio chileno que ha hecho correr más tinta. Lo veo ahora como el enfrentamiento entre un Presidente patriota, dotado de una visión clara del progreso y de la modernización del país, y una oligarquía escasamente lúcida, mezquina, movida por intereses particulares. Frente a ese conflicto, las clases populares tuvieron un protagonismo mínimo. Fueron carne de cañón en ambos ejércitos y

sólo empezaron a comprender a Balmaceda y a identificarse con él después del suicidio.

La atmósfera de celebración, de festejo, que coincide con la muerte del Presidente, es el aspecto mejor logrado de la obra del Ictus. La escena del palco durante la ópera tiene gracia, picardía, humor negro, elementos auténticos de tragicomedia. La tragedia suele pasar lejos de nosotros, pero parecería que en la tragicomedia estamos en nuestra salsa.

Cuando estuve como diplomático en París tuve ocasión de examinar los archivos del Quai d'Orsay sobre nuestra guerra civil. El ministro francés le cuenta a su gobierno que conoció la noticia del suicidio de Balmaceda durante un banquete celebrado en una galería del centro de Santiago. Las paredes de la galería han sido tapizadas

de banderas y escarapelas tricolores. A cada rato se entrea bre uno de los cortinajes y alguien se acerca a Isidoro Aguirre Errázuriz, ministro del Interior. Le están llevando noticias de la legación de Argentina. Como se ha reunido gente frente a la legación, el ministro ordena que saquen el cadáver de Balmaceda por una puerta de atrás. El ataúd que han encargado es demasiado pequeño y los pies del Presidente quedan afuera. Lo llevan al cementerio a toda velocidad, en un carricoche arrastrado por cuatro caballos y con una escolta armada. El señor Arrieta, ministro del Uruguay, espera en el campo-santo y le da refugio en la tumba de la familia de su mujer chilena. Después le informan a Errázuriz que un regimiento revolucionario, formado por mineros nortinos, se ha sublevado en protesta por la calidad de la comida y por el atraso en la paga. El banquete, de todos modos, continúa. El banquete, de todos modos, continuaría durante años y décadas. Podemos concebir una obra de teatro que consista en un banquete interminable, y en las noticias que recibe un personaje poderoso desde atrás de las bambalinas.